

ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL *ROMANCERO*

Una reseña de la crítica impone que se alcance un máximo de información preliminar para seleccionarla y exponerla con un mínimo de intervención personal. Tarea difícil la segunda, y más cuando se trata de ofrecer un 'estado de la cuestión' y el responsable es un especialista, el destinatario un Congreso de investigadores y la materia el *romancero*. Sin embargo, más difícil todavía resulta la tarea preliminar en un siglo como el nuestro que ha sido definido 'el siglo de la crítica' a causa del desarrollo extraordinario de esta rama de la cultura dentro del contexto de la historia, compleja y vivaz, del pensamiento contemporáneo¹. Es fenómeno más bien típico de los países de economías desarrolladas, donde enlaza con la expansión de la enseñanza en un juego de recíprocas influencias. Entre otras cosas -y esto nos toca de cerca a nosotros los profesores-, la escuela de masas necesita un número adecuado de docentes; y éstos, en la esfera universitaria, por vocación y por necesidad, o por uno solo de los estímulos, producen una masa de investigaciones, o mejor dicho de publicaciones, que pone ya a dura prueba incluso las míticas bibliotecas norteamericanas. No descuidemos otros dos rasgos que han ido marcando cada vez más el siglo XX: el anhelo por la originalidad y el rápido desgaste de las novedades. En nuestra vertiente, poéticas y metodologías aparecen en el horizonte y declinan como uno de los aspectos de nuestro frenesí consumista, dejando una cola de papel más o menos larga, de ese papel ya de celulosa destinado a durar materialmente tan sólo sesenta o setenta años. Aumentan los conocimientos y crece nuestra ansiedad; se acumulan las propuestas, que enriquecen y afinan nuestras perspectivas, pero aumenta también la sensación que el ruido tiende cada vez más a sobrepasar la voz.

Como tema crítico muy concurrido, el *romancero* presenta una trayectoria ejemplar que refleja los varios métodos de la investigación histórico-literaria desde los románticos -e incluso antes- hasta los semiólogos. Por sus peculiaridades de formación y de difusión, atrae a estudiosos de la literatura pero también de la

música, del folclore, de la antropología, etc. Sin embargo, siendo éste un Congreso de medievalistas excluyo en principio la bibliografía más bien específica del *romancero* oral moderno². La naturaleza de este campo de trabajo por un lado permite ensayar con interesantes resultados técnicas de investigación muy avanzadas, como en su tiempo fue -por ejemplo- la geografía lingüística; por otro lado, el tecnicismo de ciertos métodos y eventualmente también el dirigirse con exclusividad o casi hacia la tradición oral moderna pueden eximir al estudioso de poseer la formación histórico-filológica típica del medievalista.

Abriendo la reseña, es imprescindible evocar al maestro de la moderna investigación sobre el *romancero* y al Seminario que lleva su nombre. La gran actividad promovida por esta Institución de momento está volcada casi por entero hacia la recolección y el estudio del *romancero* oral moderno, teniendo muy presentes las coordenadas culturales y filológicas que presidieron a la obra del maestro. Los principios elaborados por Menéndez Pidal han sido robustecidos y matizados en años recientes a la luz de los nuevos métodos críticos, que han impulsado un remozamiento terminológico y la elaboración de un modelo de análisis de los textos de gran eficacia didáctica; la respalda una rigurosa sistematización de las adquisiciones especializadas de los últimos veinte años, absorbidas en un marco teórico-crítico -revitalizado por narratología y semiología- que guarda una ejemplar fidelidad de fondo a la lección menéndezpidaliana. Aplicaciones modélicas se encuentran, por ejemplo, en los ensayos dedicados a *romances* como *Marquillos*, *Espinelo*, *Muerte ocultada*³. Desde el formalismo a la lingüística del texto a los ordenadores electrónicos, métodos y técnicas son llamados a dar una articulación científica al principio de 'poesía que vive en variantes' y a desvelar los mecanismos íntimos de esa poesía⁴. Importancia no menor tiene la actividad editorial del Seminario, tanto la directa como la que su dinamismo estimula. En este último caso cito, para ejemplificar, la labor alrededor del *romancero* oral portugués, con la reedición de viejas y muy raras colecciones, enriquecidas con impecables introducciones⁵. De Canarias a México, de las Azores y Madeira a Canadá, de Brasil a California⁶, es un hervidero de encuestas y estudios que -en el caso del *romancero* sefardí, por ejemplo⁷- han alcanzado altísimos niveles científicos, gracias también a la fijación de conceptos y procedimientos técnicos bien experimentados; como siempre en estos casos, el precio suele ser cierto formulismo de resultados, que el entusiasmo de discípulos y neófitos tan sólo atenúa.

Saltan todavía chispas de añejos fuegos polémicos que dieron todo su brillo en los decenios pasados y ahora evocan más bien una danza de sombras cansadas. A finales de nuestro siglo, cuando incluso las ciencias llamadas exactas han renunciado a sistemas orgánicos de principios y han teorizado la problematicidad, el experimentalismo y la multiplicidad de las hipótesis de trabajo para proceder a un conocimiento como aprehensión por tentativas, a finales de este siglo XX desentonan en las plumas o en la voz de los maestros, y pueden ser ridículas en las de los epígonos, ciertas arremetidas contra puntos de vista y actividades de investigación que se colocan fuera de las directrices mayoritarias. Neo-traditionalistas y neo-individualistas -marbetes quizás anacrónicos pese a su neo-, 'oralistas' y 'literatos' parecen reacios a abandonar sus recíprocos desdenes, los unos ciertas nostalgias hegemónicas y anhelos a rescatar de manos de pretendidos infieles suelos sagrados, y los otros cierto fetichismo documental no exento, a veces, de escasa información. Los distintos caminos deben encontrarse en la exégesis del texto, entendiendo por texto el documento concreto que ha funcionado como tal para un 'productor' y para un destinatario, sin difuminarlo en la evanescencia de una larga y movediza cadena de transmisión-recreación, percibida -cuando consigue percibirla- por la visión de conjunto y de laboratorio del investigador pero totalmente extraña al normal usuario del texto⁸. Como cada texto de un *romance* certifica en primer lugar de sí mismo, con todas las consecuencias en ámbito de análisis -reconózcanlo los neo-traditionalistas-, así el *romance* en principio está en cada una de sus versiones, sin privilegios para ninguna en particular -acéptenlo los neo-individualistas.

Ya dije que el público y los intereses de este Congreso aconsejan que me ciña al *romancero* antiguo. No pienso que esta limitación es artificial ni que violenta la naturaleza y la historia del *romancero*. De esa historia los textos antiguos son un segmento y una cara con peculiaridades artístico-culturales propias, en gran parte distintas respecto a las de los segmentos sucesivos. Continuidad de vida de los textos y del género no es inalterabilidad de sus perfiles, sentidos y funciones en lo poético, en lo cultural y en lo social. Los estudiosos más asiduos del *romancero*, y en particular los de orientación neo-traditionalista, desde los años setenta van afirmando la necesidad de individuar y resaltar los lazos que vinculan la pervivencia de los *romances* a tipologías y momentos definidos de la historia y de la geografía de la sociedad y de la cultura⁹. Las dos vertientes del fenómeno unitario de producción, circulación y uso del *Romancero*, la vertiente oral (la sola que hoy sobrevive) y la escrita (la sola que del pasado nos ha llegado parcialmente), gozaron en la época antigua de la misma legitimidad en cuanto estímulos y apoyos

de la tradición, cada una con acentuaciones -incluso formales- suyas propias y en parte con sus responsables y su público, pero sin fronteras definidas, antes bien con cruces e intercambios continuos; y cada una portadora de un realce suyo propio de la visión del mundo en el *romancero*: esto es lo que permite vislumbrar la desequilibrada documentación. Solamente la tensión del debate 'crítico' explica que se pueda llegar a considerar los testimonios de la vertiente escrita de la tradición del *romancero*, o sea la antigua, como una especie de epifenómeno promovido y sostenido por el espíritu de negocio de impresores y libreros, que sin duda existió y con el cual estamos en muy fuerte deuda. Por contraste, otros podrían llegar a subestimar la moderna recolección de la vertiente oral como un magno y monótono edificio de resonancias, amplificadas por el entusiasmo de los etnólogos. A un simplismo se respondería con otro, quizás más absurdo todavía. Respecto a la actual, la vida antigua del *romancero* -como todos sabemos muy bien- fue fenómeno complejo y confiado a una multiplicidad de medios, estímulos y ocasiones; entre ellos los testimonios escritos, instrumento ni artificial ni marginal. Si es en parte quivocado pensar que en ellos se encierra el caudal entero del *romancero* antiguo, no menos desviadora puede resultar una actividad crítica ya formular que suele concluirse con la desvaluación de los datos de las fuentes antiguas, las impresas en particular, por omisiones o parcialidades, y con la consiguiente valoración enfática de documentos ajenos a *Romanceros* y *pliegos sueltos*, los de la tradición oral moderna en particular. Pero ¿no es la vida de un *romance* exactamente una historia de omisiones y parcialidades, como nos muestran tantos estudios?¹⁰. ¿O se piensa que hay usuarios y transmisores del *romancero* más auténticos y autorizados que otros en la actividad de omitir y retocar? Tal discriminación es correcta, y se ha aplicado, para la época moderna; para la antigua obviamente es improponible. Después del renovado interés hacia las literaturas étnicas, analizadas en sus formas y en sus problemáticas dentro de marcos conceptuales y con métodos muy sofisticados, no creo que sea necesario reiterar censuras contra los textos del siglo XVI para dar crédito y realce al estudio de los de la tradición actual, estudio que encuentra plena justificación en su propio objeto. Legítima es también la pretensión que ese objeto encuentre un espacio en las historias de la literatura; y que lo encuentre -agreguemos- junto con el *romancero* vulgar, el cuento popular, el refranero, con cualquier manifestación del arte de la palabra, escrita u oral que sea, tenga o no *pedigree*. Aunque es fuerte la tentación de preguntarse por qué los estudiosos de esa literatura llamada 'marginada' no extienden su fructuoso inconformismo científico-cultural hasta el abandono del fetichismo del manual de historia literaria donde conseguir unos

párrafos¹¹. En cambio, menos legítimo me parece afirmar como imprescindible la inclusión del *romancero* oral moderno al tratar del antiguo en las historias de las literaturas, las cuales distorsionarían el perfil real del género con su ceñirse a los textos salidos a la luz en las fuentes conocidas del siglo XVI y en las pocas del XV¹². Ahora bien, a ese *corpus* (poco menos de doscientos los *romances* definibles 'viejos') la tradición moderna permite agregar más o menos unas tres docenas de textos atestiguados en el siglo XVI indirectamente o por fragmentos mínimos¹³. Es un aporte muy interesante de información sobre temas y huellas de formas, pero no es un aporte de textos: éstos nos vienen de testimonios modernos, y es evidente que el principio de *recentiores non sunt deteriores* en la tradición oral puede valer eventualmente para datos del contenido pero no para la letra del texto, por lo menos teóricamente. Así delimitado, ese aporte adiciona al perfil del *romancero* en la época antigua la temática que se suele definir 'vulgar', casi ausente en las fuentes del XV y del XVI. Se trata de *romances* como *Bernal Francés*, *Veneno de Moriana*, *Delgadina*, *Silvana*, *Doncella guerrera*, *Loba parda*, etc. Algún *romance* más de tema épico o caballeresco no modifica la identidad del *corpus* escrito antiguo. Bajo este aspecto, la historiografía literaria o los enjuiciamientos de conjunto abrigan una distorsión muy escasa. Cuestión distinta es la infidelidad de las fuentes antiguas como espejo de la variabilidad textual de una poesía mayoritariamente oral; en efecto, comodidad, economía y quizás costumbres del destinatario, llevaron a editores e impresores a presentar casi siempre el mismo texto de un *romance*, copiándose recíprocamente y descuidando -o quizás aborreciendo- el correr y mudar de la tradición oral, que señas esporádicas y coherentes nos delatan. Sin embargo, algo aflora en esas fuentes, y no vago; existe además una actividad de retoques y re-creaciones que se puede adscribir a los mismos responsables de los impresos o, por ejemplo, a los glosadores. Esta fisonomía de las fuentes antiguas -testigos mínimos de la oralidad externa y portadores máximos de una variabilidad interna de indudable efectos hacia fuera- los historiadores de la literatura y los autores de síntesis interpretativas tienen el deber, elementalmente científico, de conocerla y de hacerse cargo de ella en sus valoraciones.

No olvidemos -para concluir sobre este punto- que la 'puesta por escrito' de toda la literatura de circulación normalmente oral, en la época medieval como después (menos que la efectuada por los especialistas), es una de las maneras de aceptar y usar el texto. Es, éste, campo muy prometedor para los sondeos de una crítica de la recepción, que además puede proporcionar indicaciones útiles en función de una crítica de las mismas fuentes.

Una crítica de las fuentes se impone en primer lugar para editar los textos. Un canon del *romancero* 'viejo' queda todavía por establecer. El punto de referencia más usado sigue siendo la *Primavera y flor*, recopilada por Wolf y Hofmann hace ciento treinta años. Y con razón nos dirigimos a esa colección, hasta ahora la única que recoge el número más amplio de *romances* 'viejos' con las variantes de algunas de las fuentes antiguas. No requiere especiales motivaciones la necesidad de una nueva edición 'crítica' completa del *corpus*, con su *varia lectio* exhaustiva, por lo menos limitadamente a los testimonios anteriores al siglo XVII. Afortunadamente los modernos antólogos van abandonando ya la cómoda vía de copiar los textos de la *Primavera* de Wolf y Hofmann -y siempre a través de su reimpresión en la *Antología de poetas líricos* de Menéndez Pelayo- y aprovechan las reediciones de los testimonios antiguos¹⁴. Hay muy buenas reimpresiones facsimilares de las colecciones de *pliegos sueltos* (faltan todavía las de París, Londres y New York); disponemos de reediciones de *Cancioneros* y *Romanceros* que, sin embargo, no eximen de la consulta de los originales -por ser transcripciones y no en facsímil- incluso para estudios no estrictamente textuales. Doy un ejemplo, que fue un percance personal: en el *Romance de Dido y Eneas* la reedición de la *Tercera Parte de la Silva* presenta el aviso que a Eneas da la reina, preocupada del eventual abandono, con esta lección: "yo misma te mataría", que es un cambio muy novedoso en la actitud de Dido; pero un control posterior del original reveló lo más corriente "yo misma me mataría", que reduce una aparente ruptura en la tradición de un tema a simple falta del editor o del tipógrafo, sabrosa sin duda. De la transmisión manuscrita puede venir todavía alguna sorpresa¹⁵. También de ella es preferible la reproducción en facsímil, con eventual transcripción, porque aún la más cuidadosa de las copias nunca es fiable para el especialista, destinatario casi único de tales trabajos.

Hablar de una edición del *romancero* adjetivada como 'crítica' puede despertar alguna perplejidad. Es un punto que he aclarado y ejemplificado en otras ocasiones. Ahora diré muy brevemente que se trata de editar los textos dando el máximo de información derivada de las fuentes en la forma más clara y económica, individuando con los métodos de la ecdótica -cuando es posible- constelaciones o familias textuales de las cuales se transcribe un representante, acompañado de la *varia lectio* del grupo. La edición se organiza sinópticamente. Ayuda a esta dirección el natural 'defecto' de la tradición escrita -o mejor dicho impresa-, o sea su endogamia, ya que las relaciones internas superan ampliamente las relaciones con la tradición oral; pero éstas existen y penetran en varia medida, aconsejando grande prudencia y flexibilidad en el uso del método y técnicas de la

crítica del texto.

La dialéctica oralidad-escritura es problema que no atañe sólo a la edición de los textos. Si la escritura en la época antigua participó con pleno derecho en el juego de producción y re-producción, conservación y re-elaboración de los *romances*, sin embargo el *romancero* fue esencialmente poesía oral. Cuestionable puede ser el alcance de esta oralidad, que ya queda fuera de toda averiguación directa y actuaba dentro de sociedades con una cultura fundamentalmente escrita. En términos escuetos, el problema es si esa oralidad, indudable en cuanto a la difusión de los textos, debe extenderse también a su creación. Es problema que no me parece de los fundamentales, tanto referido al *romancero* como suscitado a propósito de otros géneros medievales, y para el cual hasta ahora solamente la analogía ha dado alguna base a intentos de solución. Frente a métodos y análisis elaborados sobre el modelo yugoslavo, verificado *ad abundantiam* en su existencia real, o sobre el modelo homérico, vigente en una sociedad sin escritura, géneros y textos de nuestra Edad Media -época de escritura y asimismo de una oralidad perceptible ya sólo por señas parciales e indirectas- enseñan una cara ambigua que no permite afirmaciones por entero convincentes y definitivas, por lo menos en cuanto a la formación primaria de los textos. Las llamadas 'marcas de oralidad', desde el epíteto hasta la estructuración del relato, cuando no funcionan como recursos independientes de una posible oralidad efectiva, no atestiguan más allá de una ejecución oral de los textos y de una actividad compositiva funcional a ese destino y moldeada dentro de su patrones conceptuales y formales¹⁶. El considerarlas pruebas también de una oralidad de composición depende ya de la sensibilidad subjetiva del investigador respecto a la predicación oralista, donde con frecuencia se mezclan ciencia y apología y donde asoman anhelos palingenéticos típicos de cierta historia intelectual de Occidente con sus recurrentes añoranzas del 'buen salvaje', hoy identificado con las 'culturas de la oralidad' del pasado o de un presente exótico¹⁷. La 'marca de oralidad' por excelencia, la fórmula, después de sesenta años espera todavía una definición en la cual concuerden todos los oralistas; lo mismo vale para el porcentaje de fórmulas que parece necesario para declarar un texto compuesto oralmente. Sin embargo, prescindiendo de sus consecuencias últimas, las perspectivas y las técnicas de esta corriente crítica han aportado un valioso caudal de adquisiciones definitivas sobre el lenguaje poético y la estructura de textos y géneros, iluminando y sistematizando una 'retórica de la oralidad' de la cual obviamente participa en pleno nuestro *romancero*, como una robusta tradición de estudios ha ido documentando desde los años cincuenta¹⁸. Si se acepta la afirmación menéndezpidaliana del estilo tradicional no como rasgo

primario de los textos sino como consecuencia de su paso por la transmisión oral, podemos decir que un *romance* en cuanto tradicional es de 'creación' oral. En realidad, don Ramón con su *Flor nueva* nos dio un cautivador ejemplo de uso primario del estilo tradicional, que bien pudo permitirse "el español de todos los tiempos que más romances *había* leído y escuchado". ¿Excluiríamos tajantemente que en los siglos XIV, XV o XVI hiciera lo mismo quien corrientemente oía y cantaba los *romances* por gusto o profesión?

Rozamos la época y el problema de los orígenes del *romancero*. Cuestión candente antaño, objeto de polémicas apasionadas y apasionantes, yacía como aletargada hasta años recientes gracias a los poderosos sedativos de teoría y de erudición suministrados por Menéndez Pidal, aunque en su magno tratado sobre el *romancero* en el fondo dejaba abierto el problema. Vuelven a despertarlo, con alusiones y propuestas interesantes pero todavía algo embrionarias en su demostración, algunos críticos ingleses, en el marco más amplio de una revisión de las ideas corrientes sobre épica y crónicas. Nada sustancialmente nuevo asoma de momento en cuanto a datos documentales; se trata más bien de relecturas y reinterpretaciones de los ya conocidos, extrayendo hipótesis distintas. Dicho en pocas palabras, se supone la existencia de breves poemas, proto-*romances* coetáneos de los cantares largos, utilizados ellos también por los cronistas, género autónomo y circulante ya en el siglo XIII y quizás antes. La perspicacia de estos críticos nos ha de dar sin duda contribuciones más sistemáticas, centradas específicamente sobre *romancero* y menos sobre la crítica de las hipotéticas versiones perdidas de cantares, con todos los subsidios documentales y bibliográficos oportunos¹⁹.

A propósito de las Crónicas generales, es notorio que en los últimos decenios ha sido realizada una extraordinaria labor de exégesis crítica y re-clasificación de tan enmarañado material. El cual, sin embargo, espera todavía una edición, por lo menos de todos sus títulos más representativos; una edición con todos los requisitos críticos sugeridos por la filología textual y que incluya eventuales glosas y anotaciones marginales de los manuscritos, con una descripción de los mismos lo más exhaustiva posible y un intento más profundizado de datarlos. En efecto, para textos tan abiertos a interferencias, renovaciones, arreglos, la fecha de escritura de sus códices no puede considerarse en principio sin alguna relación con la de su contenido.

Si los orígenes del *romancero* como género permanecen envueltos en brumas, hay en cambio *romances* como los de tema histórico, por ejemplo, cuyo

nacimiento se documenta, o se supone con notable seguridad, muy próximo a los hechos narrados²⁰. El principio de la contemporaneidad entre acontecimiento y texto que lo canta no encuentra a todos concordes, como es bien sabido: los argumentos que se enfrentan recuerdan la controversia análoga sobre los poemas épicos. En este caso la brevedad de los textos, su ágil composición y su fácil manipulación daban al *romancero* una mayor disponibilidad, incluso como producto 'barato' en todos los sentidos, para satisfacer -además de la información o fuera de ella- exigencias apologéticas, genealógicas, de lucha política más o menos solapada, etc., que pudieron promover una actividad de recuperación interesada de hechos y figuras del pasado o de adaptación de textos preexistentes²¹.

Mucho más difuminada es la situación para los *romances* novelescos o los caballerescos, que se asignan genéricamente a un siglo XV que no pocos tienden a considerar como la fragua, o por lo menos la época de consolidación, del *romancero*. De algunos textos asimilables a los juglarescos y cuyo estudio detallado es reciente, se pueden fácilmente suponer los años de creación: son los de *Amadís y Oriana*, de *Calixto y Melibea*, del *Infante Turián*, que aprovechan y amplían el éxito de grandes obras literarias. En el caso del *Turián* se quiere incluso hacer propaganda a la novela inspiradora, la *Historia del rey Canamor*, interrumpiendo el relato y remitiendo al lector, interesado en el desenlace, a la novela²².

Los contactos entre *romancero* y otras esferas de la producción literaria, en particular la del trovadorismo tardío, han sido explotados más con fines arqueológicos que según perspectivas de exégesis del lenguaje o de los temas poéticos, por ejemplo en la línea de lo que ahora se llama intertextualidad²³. El *romancero* propiamente trovadoresco merece estudios autónomos, y quiero señalar un reciente ensayo modélico sobre "Gritando va el cavallero"²⁴; pero puede ser muy sugerente la lectura de *romances* 'viejos' con referencia a marcos formales como el *planto*²⁵, o una especial atención a los contextos cuando se investigan 'depósitos' de textos y citas de *romances* como el *Cancionero* de Hernando del Castillo, en los cuales el margen de casualidad es inferior a lo que se cree²⁶. Cómo una perspectiva innovadora no arrastra necesariamente una acentuación del subjetivismo crítico lo demuestran los ensayos, elaborados al mismo tiempo -y sin que el uno supiera del otro- por dos estudiosos de orientaciones y experiencias entre sí opuestas, que interpretan convincentemente los *romances* de la *Infantina*, de *Rosaflorida* y de *Arnaldos* -atribuidos a Rodríguez del Padrón por el *Cancionero* de Londres- como la irónica representación narrativa de aspectos distintos del fracaso de amor²⁷. Otro ensayo que extiende su mirada al contexto -

el conjunto del manuscrito respecto a la hoja que contiene el *romance* - ha tenido como blanco "Gentil dona gentil dona", la figura de su transcriptor Jaume de Olesa y la fecha de esa providencial diversión escritoria²⁸. Pasando a otro tipo de cuadernillo, conviene tener en cuenta que el *pliego suelto* no suele ser un contenedor neutro de textos: razones ideológicas o técnicas pueden determinar el perfil de sus materiales. Como ejemplo de posible sujeción a un programa sugiero el *Romance de Dido y Eneas* en los *pliegos* de Madrid y Praga frente al de la *Tercera Parte de la Silva*, mientras para las exigencias técnicas remito al texto tamizado de *Gaiferos libertador de Melisendra* impreso en un *pliego granadino* conservado en Cracovia.

La ideología de una parte o del conjunto del *romancero* ha tenido siempre sus exégetas; los más recientes están lejos ya de lugares comunes impresionistas o de sabor nacional-romántico²⁹. Este tipo de acercamiento podría percibirse como particularmente expuesto a distorsiones por su inevitable tendencia a generalizar sobre la base de los solos textos sobrevividos y de sus solas caras casualmente conservadas. A tales dudas es posible oponer que no parece razonable que, por no poder las propuestas interpretativas alcanzar ya el *romancero* naufragado, se le regateen al *romancero* conservado, el cual -en términos de hoy- es un objeto semiótico más que autorizado en sí y que ha funcionado como tal para generaciones de receptores. Si un riesgo hay en estas prospecciones, como en cualesquiera otras, radica eventualmente en los resbalones hacia afirmaciones extremas, conocida enfermedad infantil no tanto de las perspectivas como de sus adictos, ya se dediquen ellos a un marxismo a rajatabla³⁰ o a un freudismo omnívoro y de *tabula rasa* filológica³¹. Porque es oportuno decir también que vicio del ensayismo sobre *romancero* sigue siendo una elección y un uso acríticos de las fuentes textuales o la constitución heterogénea del *corpus* analizado. Se capta como un cándido convencimiento de la extrañeza recíproca entre rigor filológico y *romancero*, quizás consecuencia de una absorción simplista del principio de la fluidez textual del género. En efecto, puede que el insistir sobre ese principio -elevado a categoría definidora- acabe dando la impresión del *romance* como entidad que nunca se encuentra allí donde la vista corporal cree estar contemplándolo; el texto concreto se perfila como una huella casual, casi un espejismo, y la suma de tantos textos concretos como un espejismo más grande todavía. Entonces puede ocurrir que investigadores en ciernes no adviertan la necesidad de una discriminación textual preliminar e investigadores bien cernidos se sientan autorizados a practicar la siempre atractiva crítica en libertad. Cosa que nunca ocurre en las páginas de quien detectó y teorizó la fluidez textual del

romancero ni en las de los maestros actuales -en España y en América-, que aplican y perfeccionan aquella teorización dentro de un sólido marco científico. La alusión a investigadores en ciernes y a América me permite hacer un hueco a las tesis norteamericanas, lamentablemente inéditas, que merecen mucha atención por parte de los especialistas, dedicadas a argumentos como los *romances* en tratados de música del Renacimiento, *Blancaniña*, Milá y Fontanals y su concepción de la épica y del *romancero*, ideología y estrategias lingüísticas en los *romances* sobre la época de Pedro el Cruel³².

Antes de concluir, una rápida alusión al problema de la métrica del *romancero*, que tiene estrechos vínculos con el de los orígenes del género y que por lo tanto se encuentra enredado en las controversias relativas; problema que no todos consideran resuelto. Son recientes una páginas densas de erudición y finura exegética, que nos vienen -con el apasionamiento de siempre- de uno de los grandes heterodoxos de la historia de los estudios sobre *romancero*³³. Lo útil que puede resultar también un acercamiento neutral al tema lo vemos en un párrafo que se le dedica de soslayo en un artículo sobre "los avatares barrocos del romance"³⁴. En uno y otro caso, directa o indirectamente, se pone en tela de juicio la posibilidad de una obvia identificación originaria de la forma métrica de los *romances* con la de los *cantares de gesta*, al no contemplarse la realidad de un verso romanceril largo.

Si es posible una adhesión desapasionada a los documentos, en esta materia se impone, como y más que en las otras, fuera de tensiones reivindicatorias de cualquier signo. Al cerrarse el siglo convendría clausurar también polémicas que dieron sabor a una época y a la adolescencia de algunos de nosotros; no pretendamos que ellas también -como el *romancero*- sigan viviendo en variantes. Si así ocurriera, y creciendo el volumen general de investigaciones y publicaciones según los ritmos actuales, nuestros sucesores más que dedicarse a leer y analizar los textos, no escaparían al sombrío destino de leerse y analizarse entre sí mismos.

Dudo que sea ésta la fórmula más conveniente para cerrar una reseña de la crítica ante una asamblea de críticos. De momento no encuentro otra. Disculpeme y gracias por su paciencia.

Giuseppe di Stefano
Università di Pisa

NOTAS

1. Cfr. *La critica forma caratteristica della civiltà moderna*, a cura di V. Branca, 2 vols., Venezia, 1970-73. Son las Actas de un Coloquio Internacional en la Fondazione Cini.
2. La reseña bibliográfica exhaustiva sobre *romancero* antiguo y moderno, desde 1971, se encuentra en una serie de artículos de S.G. Armistead, todos mencionados en el último de ellos, "Trabajos actuales sobre el Romancero", *La Corónica*, XV (1987), pp. 240-246; cf. también *Bibliografía del romancero oral, I*. Preparada por A. Sánchez Romeralo, S.G. Armistead, S. H. Petersen, Madrid, 1980. En las notas de esta ponencia doy solamente pocas indicaciones ejemplificativas.
3. J.A. Cid, "Recolección moderna y teoría de la transmisión oral: El traidor Marquillos, cuatro siglos de vida latente", en *El Romancero hoy*, II Coloquio Internacional, vol. 1: Nuevas fronteras, Madrid, 1979, pp. 281-359; del mismo autor, "Semiótica y diacronía del 'discurso' en el Romancero tradicional: 'Belardos y Valdovinos', 'El Cid pide parias al moro'", en *RDTP*, XXXVII (1982), pp. 57-92. D. Catalán, "El romancero medieval", en *El comentario de textos*, 4, Madrid, 1983, pp. 451-489. *La muerte ocultada*. Edición y estudio por B. Mariscal de Rhett, vol. XII del *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas*, Madrid, 1984-85. Cfr. también *Teoría general y metodología del Romancero Pan-Hispánico. Catálogo General Descriptivo*, dirigido por D. Catalán, 3 vols., Madrid, 1982-84.
4. B. do Nascimento, *Romanceiro tradicional. Uma poética da comutação*, "Colloque Littérature Orale Traditionnelle-Populaire", Fondation Calouste Gulbenkian. Centre Culturel Portugais, Paris, 1987, pp. 217-230. D. Catalán, "Análisis electrónico de la creación poética oral. El programa romancero en el computer center de UCSD", en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino 1910-1970*, Madrid, 1975, pp. 157-194; "Los modos de "producción" y "reproducción" del texto literario y la noción de apertura", en *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, 1978, pp. 245-270. S.H. Petersen, "Computer-generated Maps of Narrative Affinity", en *El Romancero hoy*, ob. cit., II, pp. 167-228. La nueva reflexión teórica sobre el *romancero* abraiga -especialmente en los escritos de Catalán- ambiciones muy interesantes de contribuir a la teoría del lenguaje artístico, sustituyendo desde su ladera a una poética del texto, cerrado y autosuficiente, una poética de la variación como creación constante. Salvando obvias diferencias, se percibe un encuentro parcial -y creo del todo casual- con aspectos de la crítica 'genética' según las reelaboraciones del parisino Institut des Textes et Manuscrits Modernes: cf. *Leçons d'écriture. Ca que disent les manuscrits. Hommage à Louis Hay*, París, 1985, y *Le manuscrit inachevé. Écriture, création, communication*, París, 1986. En el *romancero* -por lo menos desde la perspectiva neo-tradicionalista- no se concibe un *avant-texte* ni un *après-texte*, o mejor dicho

"Le texte n'existe pas": es el título de un artículo del creador del aludido Institut, en *Poétique*, LXII (1985), pp. 147-158, en part. 154 y 158.

5. T. Braga, *Romanceiro geral português*. Nota prévia de P. Ferré, 3 vols, Lisboa, 1982. A. Tomás Pires, *Lendas e romances*, Ed. crítica de P. Ferré, Lisboa, 1986. Se ha reimpresso también el *Romanceiro* de Almeida Garret, 3 vols, Lisboa, 1983.

6. *Romancero de Gran Canaria, I: Zona del Sureste*, por M. Trapero, Las Palmas de Gran Canaria, 1982. Del mismo el *Romancero de la Isla de la Gomera*, La Gomera, 1987. M. Díaz Roig y A. González han editado el *Romancero tradicional de México*, México, 1986. M. da Costa Fontes es editor de *Romanceiro da Ilha de S. Jorge*, Coimbra, 1983; *Romanceiro português do Canadá*, Coimbra, 1979; *Romanceiro português dos Estados Unidos. I: Nova Inglaterra*, Coimbra, 1980, y *II: Califórnia*, Coimbra, 1983. A los cuidados de P. Ferré se deben el *Romanceiro popular Açoriano* recogido por A. Cortés-Rodríguez, Ponta Delgada, 1987 y los *Romances tradicionais* [de Madera], Funchal, 1982. De Brasil nos vienen: J. da Silva Lima, *O Folclore em Sergipe. I: Romanceiro*, Rio de Janeiro, 1977; J.A. Vilela, *Romanceiro Alagoano*, Maceió, 1983; G. Santos Neves, *Romanceiro Capixaba*, Vitória-ES, 1983. Resulta evidente el interés de la rama lusitana del romancero, ya subrayada, y la ingente y fina labor alrededor de ella. Para Portugal señalo dos tomos de "Novos Inquéritos" del Instituto Português de Artes e Tradições Populares dedicados al *Romanceiro tradicional do Distrito da Guarda* y al *do Distrito de Castelo Branco*, Lisboa, 1987, cuidados por P. Ferré; la buena antología de J. D. Pinto-Correia, *Romanceiro tradicional português*, Lisboa, 1984 y el número especial de la revista *Quaderni Portoghesi*, XI-XII (1982). Para España me limito a señalar: *Voces nuevas del romancero castellano-leonés* por el Seminario "Menéndez Pidal", Madrid, 1982; *Romances y tradiciones de Castilla y León*, por L. Díaz Viana y J. Díaz, Madison, 1982 (y del primero v. *Rito y tradición oral en Castilla y León*, Valladolid, 1984); *Romancero andaluz de tradición oral*, por P. M. Piñero y V. Atero, Sevilla, 1986 y de los mismos la muy oportuna y enjundiosa antología *Romancero de la tradición moderna*, Sevilla, 1987; la actividad de encuesta y publicación de F. López Estrada para Antequera y de F. Mendoza Díaz-Maroto para Albacete.

7. Un párrafo exclusivo requeriría la infatigable y erudita labor de S.G. Armistead y J.H. Silverman, de los cuales cito aquí solamente *Folk Literature of the Sephardic Jews*, vol. I: *The Judeo-Spanish Ballad Chapbooks of Yacob Abraham Yoná*, Berkeley-Los Angeles-London, 1971, y vol. II: *Judeo-Spanish Ballads from oral Tradition. I: Epic Ballads, ibidem*, 1986; *Romances judeo-españoles de Tánger recogidos por Zarita Nahón*, Madrid, 1977; *Tres calas en el romancero sefardí (Rodas, Jerusalén y Estados Unidos)*, Madrid, 1979 y *En torno al romancero sefardí*, Madrid, 1982; cf. también *Romances judeo-españoles de Oriente*, por R. Benmayor, Madrid, 1979 y *Florilegio de romances sefardíes de la diáspora*, por O.A. Librowicz, Madrid, 1980. Es éste el campo donde se han realizado las

encuestas más orgánicas (con virtuosismos como las tres entrevistas a la misma recitante para el mismo romance en 1930, en 1958 y en 1973) y la exégesis cultural y lingüística más refinada y completa; de la musical se ha ocupado un especialista del nivel de Israel J. Katz, del cual cito solamente su artículo más reciente: "Contrafacta and the Judeo-Spanish *Romancero*: A Musicological View", en *Hispanic Studies in Honor of Joseph H. Silverman*, Newark, 1988, pp. 169-187. En este mismo volumen hay una amplia sección de estudios sobre *romancero*, debidos a Armistead (-d- paragógica), Bénichou (romanceros castellano y francés), Catalán (v. *infra*), Swislocki ("En las almenas de Toro").

8. "El recitador de una versión no tiene habitualmente conciencia de que 'su' texto sea sólo una posibilidad entre varias otras alternativas y, en cuanto su memoria le es fiel, lo considera (dejando al margen varios aspectos de la actualización del discurso) tan clausurado como un lector considera el texto que lee": J.A. Cid, *Recolección moderna*, *ob. cit.*, p. 355 y J.H. Silverman, "La contaminación como arte en un romance sefardí de Tánger", en *El romancero hoy*, *ob. cit.*, II, pp. 29-37. Un ejemplar desfacedor de entuertos romancísticos neo-individualistas es Samuel Armistead, guarda implacable del paso honroso neo-tradicionalista, que con relativa facilidad sigue imponiéndose a contrincantes más arrojados, de momento, que adiestrados; remito a su última empresa, que alude a las anteriores: "'Encore les cantilènes!': Prof. Roger Wright's Proto-romances", *La Corónica*, XV, n. 1 (1986), pp. 52-66.

9. Cf. R. Benmayor, "Social Determinants in Poetic Transmission or A Wide-Angle Lens for Romancero Scholarship", en *El Romancero hoy*, *ob. cit.*, vol. 3, pp. 153-165; también J.A. Cid, *ob. cit.* en la segunda parte de la n. 12.

10. *Vid.*, por ejemplo, los trabajos ya citados en la n.3 y M. Trapero, "En busca del romance perdido: "Río Verde, río Verde"", *RDTP*, XLI (1986), pp. 59-86.

11. Un solo remite que vale para todos, tratándose de una obra de síntesis y de un autor de los más representativos: M^h C. García de Enterría, *Literaturas marginadas*, Madrid, 1983, pp. 13 y ss, libro ejemplar por ciencia, claridad y concisión.

12. D. Catalán, *El romancero medieval*, *ob. cit.*, pp. 451-455 y *El romancero, hoy*, *ob. cit.*, *passim*. Cf. también J.A. Cid, *Recolección moderna*, *ob. cit.*, pp. 310 ss., que -sin embargo- en las pp. 328-335 traza un cristalino perfil de la diferenciación entre época antigua de la vida del *romancero* y época moderna como universos culturales cada uno con identidad propia.

13. Todavía no existe un catálogo analítico completo de tales materiales. Aparte de las alusiones esparcidas en el *Romancero hispánico* de Menéndez Pidal, un sumario rápido y parcial puede verse en S.G. Armistead, "Review Article: Neo-

individualism and the Romancero", *RPh*, XXXIII (1979), pp. 176-177. Empiezan a darse pasos importantes hacia una recopilación sistemática de antiguas citas de romances, conocidos o no: S.G. Armistead-J.H. Silverman, "El antiguo romancero sefardí: citas de romances en himnarios hebreos (siglos XVI-XIX)", *NRFH*, XXX (1981), pp. 453-512; G. Piacentini, "Romances en "Ensaladas" y géneros afines", *El Crotalón. Anuario de Filología Española*, I (1984), pp. 1135-1173; M.D. Triwedi, "Las citas romancísticas de Sebastián de Covarrubias", *Thesaurus*, XXXIX (1984), pp. 321-329; J.A. Cid, *Versos de romances en el "Vocabulario" de Correas y otros refraneros de los siglos XVI y XVII*, (en prensa).

14. Una cita especial merece el *Romancero*, edición, estudio y notas de M. Débax, Madrid, 1982, una de las empresas más logradas para rescatar al *romancero* del abandono 'tradicional' en manos no especializadas por parte de editores apresurados. El *Romancero viejo* cuidado por M.C. García de Enterría, Madrid, 1987 está en una colección para estudiantes de Bachillerato pero de su lectura podemos sacar provecho muchos profesores. Otras buenas antologías recientes son: *Romancero* de A. García-Valdecasas Jiménez, Barcelona, 1986, y *Romancero viejo* de J. Alcina, Barcelona, 1987, siendo la primera superior en originalidad de la anotación y uso de las fuentes textuales antiguas. A M. Débax se debe una enjundiosa ponencia sobre *La edición de romances*, que aparecerá en las Actas de un Congreso "Siglo de Oro" celebrado en Madrid en junio de 1987.

15. Cfr. H.G. Jones, "The romance "Atal anda don García / por una sierra adelante"", *La Corónica*, X (1981), pp. 95-98. Sorpresas nos llegan periódicamente de la nebulosa de los *pliegos sueltos*, con afortunados hallazgos: cfr. D. Catalán, "Los pliegos sueltos 'perdidos' del duque de T'Serclaes", en *Homenaje a Alvaro Galmés de Fuentes*, III, Madrid, 1987, pp. 361-376 y la completa reseña de V. Infantes, "Balance bibliográfico y perspectivas críticas de los pliegos sueltos poéticos del siglo XVI", en *Varia Bibliográfica. Homenaje a José Simón Díaz*, Kassel, 1987, pp. 375-385.

16. Bajo este aspecto se justifica plenamente la enérgica llamada de atención hacia una 'poética de la voz', con su trasfondo socio-cultural y su tradición lingüístico-compositiva, que nos lanza P. Zumthor, *La poésie et la voix dans la civilisation médiévale*, París, 1984, y *La lettre et la voix. De la 'littérature' médiévale*, París, 1987. En el segundo libro una documentación imponente consiente a la candorosa mirada del sabio Zumthor de discurrir, "de l'Espagne aux plaines de Moscovie" (p.103), sobre los territorios del 'universo de la voz' que va evocando, universo todavía virgen de la tinta y ajeno -en su nómada bullicio primigenio- a la incumbente red paralizadora de la escritura antes y de la imprenta después.

17. Semanas después de leída esta ponencia llegó a mis manos el libro de E.A. Havelock, *The Muse learns to write. Reflections on Orality and Literacy from Antiquity to the Present*, New Haven and London, 1986. En su p. 22 (y también pp.

46 y ss y 64-65; cito por la traducción italiana, Bari, 1987), remitiendo a *De la grammatologie* de Derrida que recuerda a Rousseau como pionero de la problemática oralidad-escritura y a su 'salvaje' pensado obviamente como de cultura oral, Havelock subraya la afinidad con el *animus* que en parte inspira las reflexiones actuales; en la p. 43 capta en el famoso libro de McLuhan cierto 'misticismo' y un aire de 'romántica nostalgia' por una 'inmediatez' y 'genuinidad' de la comunicación anteriormente a Gutenberg. Las observaciones se pueden extender a obras sin duda más controladas y que se distancian respecto a puntos y tonos de McLuhan: por ejemplo, W. Ong, *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, London and New York, 1982, y P. Zumthor, *Introduction à la poésie orale*, París, 1983.

18. No es casual el frecuente remitir al *romancero* y a las indicaciones de Menéndez Pidal sobre 'estilo tradicional' por parte de P. Zumthor, *La lettre et la voix*, *ob. cit.*, p. 216 y *passim*, que ve en ellas el perfil de una poética orgánica que se hace cargo "des exigences propres de la voix performancielle", ignoradas por la escuela oralista en sus sondeos de obras medievales, juzgados por esto insuficientes y esquemáticos, en particular los que se inspiran en la problemática del lenguaje formulístico. Sobre la línea Parry-Lord aplicada al *romancero*, *cf.* las numerosas aportaciones de J. Miletich en las Bibliografías de Armistead (v. la n. 2). Un buen modelo para un inventario sistemático del lenguaje del *romancero* podría ser K. Kekäläinen, *Aspects of Style and Language in Child's Collection of English and Scottish Popular Ballads*, Helsinki, 1983, muy riguroso en la fijación del *corpus* y en la distinción de sus fajas cronológicas. Por sus obvias relaciones con nuestros materiales *cf.* A. García-Valdecasas, "Formas alegóricas y simbólicas en el romancero morisco", *BRAE*, LXVI (1986), pp. 21-61 y "La retórica del romancero morisco", *Revista de Literatura*, XLIX (1987), pp. 23-71. Una contribución muy valiosa había venido de M. Díaz-Roig, *El romancero y la lírica popular moderna*, México, 1976 y, con sondeos más recientes, *Estudios y notas sobre el Romancero*, México, 1986. Párrafos importantes en esta dirección tiene *Teoría general y metodología del Romancero*, *ob. cit.* *Vid.* también A. González, *Formas y funciones de los principios en el romancero viejo*, México, 1984.

19. Remito esencialmente a R. Wright, "How old is the ballad genre?", en *La Corónica*, XIV, 2 (1986), pp. 251-257 y a la respuesta de S.G. Armistead, "Encore les cantilènes!", *art. cit.*, con el estado de la cuestión y las referencias bibliográficas. La reseña de Armistead en su título define ya los límites de la novedad de la propuesta criticada y en su final lanza el reto: "Individualists will have to offer us, if they can, a viable, convincing alternative solution, based on specific, meticulous textual comparisons between a variety of epic, chronistic, and balladic texts". Imposible disentir, recordando cuántas buenas intenciones empiedran el camino de la elaboración de esa "alternative solution" nunca alcanzada seriamente y cuántas propuestas se han disuelto como nieve al sol, aunque su agua ha contribuido mucho a la fertilidad del campo de estudios del

romancero. La mirada retrospectiva nos enseña cómo hubiera sido realmente productivo reducir la polémica e incrementar la filología, buscar el respaldo menos de los principios y más de la documentación, entregarse al análisis y no mecerse en la síntesis: objetivo, cada uno de los textos; teniendo bien presente que, si - como afirma Armistead, art. cit., n. 27- "the same meter, the same formulas, the same style, the same narrative themes" conectan "inextricably and genetically" épica y *romancero* según la visión neo-tradicionalista, con metro, fórmulas, estilo y temas estamos todavía en la superficie del texto, de los textos de ambos géneros.

Y en cuanto a identidad de fórmulas y estilo, cf. las confirmaciones pero también los reparos de R. House Webber, "Lenguaje tradicional: epopeya y romancero", en *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas* (Toronto, 22-26 agosto 1977), Toronto, 1980, pp. 779-782. Sobre límites de la identidad de temas cf., por ejemplo, Th. Montgomery, "Las "Mocedades de Rodrigo" y los romances", en *José María Solà-Solé: Homage, Homenaje, Homenatge*, Barcelona, 1984, vol. II, pp. 119-133, no definitivo y mejorable en el comentario de algunos *romances*; puede serle complemento útil, aunque parcial, la relectura de G. Martin, "Idéologique chevauchée. Approche intertextuelle de la structure idéologique d'un romance historique traditionnel" ["Cavalsa Diego Laínez"], en *L'idéologique dans le texte (Textes hispaniques)*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1978, pp. 165-195.

20. Desde el *Tratado* de Menéndez y Pelayo, sobre el tema hay una larga tradición de estudios, que sería oportuno renovar o ampliar. Doy tres ejemplos recientes, que pueden constituir modelos: K. Whinnom, "Desde las Coplas hasta el Romance de la reina de Nápoles", en *Aspetti e problemi delle letterature iberiche. Studi offerti a Franco Meregalli*, Roma, 1981, pp. 371-383; P. Ferré, "El romancero tradicional y la historiografía: algunos apuntes sobre el "Romance a la muerte de la duquesa de Bragança", en *Literatura y Folklore. Problemas de Intertextualidad*, Salamanca, 1983, pp. 131-147; D. Catalán, "Don Alvaro de Luna y su paje Moralicos (1453) en el romancero sefardí", en *Hispanic Studies... Silverman, ob cit.*, pp. 109-135.

21. Es campo donde queda bastante por averiguar y sobre todo evaluar con erudición y equilibrio; lo hace, por ejemplo, J.B. Avalor-Arce, "El romance "Río Verde, río Verde"", en *Homenaje a Alvaro Galmés de Fuentes*, Oviedo y Madrid, 1985, vol. I, pp. 359-370.

Ch.V. Aubrun, a lo largo de cuatro decenios de atención crítica al *romancero*, más de una vez ha tocado problemas relativos a *romances* históricos y a las relaciones de la historia a caballo del XV y del XVI con los *romances*, incluso con los aparentemente no históricos. Los artículos esenciales de Aubrun, con algunos inéditos, se encuentran ahora, a veces ligeramente resumidos, en el hermoso volumen *Les vieux romances espagnols (1440-1550)*, París, 1986, gracias al cual el lector podrá formarse cómodamente una idea de conjunto sobre las concepciones del 'heterodoxo' romancerólogo francés. Si se supera el impacto con la enérgica simplificación, conceptual y documentaria, típica del proceder crítico

de Aubrun y se acepta su escritura afirmativa más que analítica, su libro puede proporcionar perspicaces estímulos y representar una generosa sacudida a cierta ritualidad de la exégesis. Con el optimismo de la voluntad, Aubrun perfila y vive en sus páginas la utopía audaz y patética de una posible historia del género escalonada sobre una cronología más o menos coincidente con las fechas de primera documentación conservada de los textos. El principio puede resultar menos atrevido si a génesis sustituimos reelaboración o recuperación, difusión y éxito de los textos, cosa que esporádicamente el mismo Aubrun hace. Entonces su extremada tendencia a vincular los textos a intereses culturales, artísticos, políticos de grupos y estratos de la sociedad oficial contemporánea de los documentos, puede revelarse muy productiva y estimular recorridos críticos inusitados aunque no desconocidos. Es éste el caso también de las insistentes referencias a la responsabilidad de autores cultos y de ambientes cortesanos en la creación de los *romances*. Restándole a tal perspectiva cierta euforia integralista, de algunos de sus relámpagos recibe oportuna luz un área de producción y de perfiles textuales (finales del XV, *cancionero-romancero*) que suele recibir escasa atención.

22. N. Baranda, "Historia caballerisca y trama romanceril: la "Historia del rey Cànamor" y "El romance del Infante Turián"", *Studi Ispanici*, (1985), pp. 9-31; M^a C. García de Enterría, "Libros de caballerías y romancero", *Journal of Hispanic Philology*, X (1986), pp. 103-115, con demás referencias.

23. M. Débax, "Relectura del romance del "Infante Arnaldos" atribuido a Juan Rodríguez del Padrón: intratextualidad e intertextualidad", en *Literatura y folklore*, ob. cit., pp. 201-216.4

24. P. Botta, "Una tomba emblematica per una morta incoronata. Lettura del romance "Gritando va el caballero"", *Cultura Neolatina*, XLV (1987), pp. 201-295; la misma autora había tratado antes "La questione attributiva del romance "Gritando va el caballero"", *Studi romanzi*, XXXVIII (1981), pp. 89-135. La conveniencia de extender el estudio del *romancero* antiguo a las dos extremidades cultas, la trovadoresca hacia atrás y la 'nueva' hacia adelante, por sus conexiones con el núcleo 'popular' en aspectos genéticos o de transmisión, se aprecia en trabajos como los de K. Kish, "Los romances trovadorescos del Cancionero sin año", en *Actas del Sexto Congreso*, ob. cit., pp. 427-430 y de J.H. Mauleón, "Oral Theory and the "Romancero Nuevo"", en *El Romancero hoy*, ob. cit., vol. III, pp. 47-62.

25. Cf. Ch.V. Aubrun, "Le "Cancionero General" de 1511 et ses trente-huit romances", *BHi*, LXXXVI (1984), pp. 39-60 y ahora en el volumen *Les vieux romances*, ob. cit., pp. 81-98 y passim.

26. G. Orduna prepara un trabajo sobre los *romances* de este *Cancionero* para el Homenaje a K. Whinnom y otro sobre los del *Cancionero Musical de Palacio* para

el Homenaje a Lope Blanch.

27. Ch.V. Aubrun, "Les trois Romances de Juan Rodríguez del Padrón", en *Études de Philologie Romane et d'Histoire Littéraire offerts à Jules Horrent*, Liège, 1980, pp.15-26 y ahora en el volumen *Les vieux romances*, ob. cit., pp. 29-39. Th Meléndez Hayes, Juan Rodríguez del Padrón and the Romancero", en *El Romancero hoy*, ob. cit., vol. III, pp. 15-36.

28. Ch.V. Aubrun, "Le romance "gentil dona gentil dona". Une énigme littéraire", *Iberoromania*, XVIII (1983), pp. 1-8 y *Les vieux romances*, ob. cit., pp. 41-47.

29. Un ejemplo, el ya cit. G. Martín, *Idéologique chevauchée*.

30. Ejemplifico con J.C. López Nieto, "El "Romance del Rey de Aragón": Ensayo de un análisis histórico-literario", *Nuevo Hispanismo*, I (1982), pp. 227-233, que remite a sus modelos, de muy otra envergadura. Mis críticas no excluyen que en éste, como en otros trabajos, se contengan elementos de interés.

31. B. Pelegrín, "Flechazo y lanzada, Eros y Tanathos (Ensayo de aproximación al "Romance de don Tristán de Leonís y de la reina Iseo, que tanto amor se guardaron)", *Prohemio*, VI (1975), pp. 83-115 y "Histoire d'"Ho!" o Doña Lambra en el diván. Ensayo de explicación psicoanalítica", en *Mélanges à la mémoire d'André Joucla-Ruau*, Ed. de l'Université de Provence, 1978, vol. II, pp. 1001-1028; en ambos se usan los textos de la *Flor nueva* de Menéndez Pidal. Con más pausada y convincente andadura procede la crítica de inspiración simbólica aplicada por J. Battesti-Pelegrín, "Du nom de "La Cava" ou: comment l'habit fait le moine et le surnome la diablesse", *Cahiers d'Études Romanes*, VIII (1983), pp. 7-16 y "La penitencia del rey Rodrigo: rituel chrétien, rituel initiatique", *ibidem*, pp. 17-40.

32. W.R. Dickerson, *The "Romances Viejos" of the Spanish Renaissance instrumental Prints*, Univ. of Iowa, Ph. D., 1972. F. Martínez-Yanko, *El romance de la "Blancaniña". Estudio comparativo de sus variantes*, Univ. of Pennsylvania, Ph. D., 1976 (cf. "Los desenlaces en el romance de la "Blancaniña": Tradición y originalidad", en *El Romancero hoy*, ob. cit., vol. II, pp. 132-154). W.H. Finke, *Manuel Milá y Fontanals: an analytical study of his Work and his concept of Spanish Epic and Romance Traditions*, New York Univ., Ph. D., 1976. L. Mirrer-Singer, *The Language of Evaluation. A Sociolinguistic Approach to Narrative Structure in the "Romancero del rey don Pedro" and in Pero López de Ayala's "Crónica del rey don Pedro"*, Univ. of California-Satanford, Ph. D., 1980 (acaba de publicarse en Amsterdam-Philadelphia, 1986, con la segunda parte del título ligeramente cambiada); cf. de esta autora una inteligente, aunque discutible, aportación a los intentos de dilucidar el que se ha vuelto uno de los textos más enigmáticos del *romancero* gracias a una sustanciosa labor de la crítica:

"Reevaluating the fronterizo ballad: the "Romance de la morilla burlada" as a pro-christian text", *La Corónica*, XIII, pp. 157-167.

33. D. Devoto, "Humanisme, Musicologie et Histoire littéraire: Nebrija (1492) et Salinas (1577)", en *L'Humanisme dans les lettres espagnoles*, París, 1979, pp. 177-191, y "Sobre la métrica de los romances según el "Romancero hispánico"", en *Cahiers de Linguistique hispanique médiévale*, IV (1979), pp. 5-50; un resumen en "Sobre algunos problemas en el estudio del romancero español", *Letras, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Argentina*, X (1984), pp. 59-69.

34. A. Alatorre, "Avatares barrocos del romance. (De Góngora a sor Juana Inés de la Cruz)", *NRFH*, XXVI (1977), pp. 341-459, en part. 342-349.